

La gracia bendita de un Dios misericordioso sea descendiendo sobre vosotros, amadísimos hermanos, que sois en estos instantes acudiendo, como una gracia espiritual, a elevar vuestras preces a un Creador, a dejar en esos instantes lo mejor que podéis ofrendar, como la imagen vívida que para vosotros representa un Cristo Crucificado, un hijo bendito y único de ese Padre que enviara a través de lo que conocéis como encarnación, al que debía mostraros el camino, ese camino tantas veces requerido pero pocas veces atendido, puesto que se han una y mil veces traspuesto los límites de cuanto debe ser la cordura, el buen consejo, el verdadero amor a Dios, ese Dios que se os manifiesta en ocasiones tanto, como cotidianamente no lo apreciáis, tanto como sólo le clamáis en los momentos de aflicción, en que vuestra invalidez requiere desesperadamente de su ayuda y allí esta Él siempre para vosotros, siempre para vuestras necesidades, a través de los tiempos y en incontables ocasiones en que habéis volteado vuestro rostro para no ver ese rostro del Crucificado que os pide, os implora una vez más, con ese amor con que rogara al Padre por vuestro perdón, que retoméis la buena senda, que no os desprendáis de su mano santísima y que apliquéis sin descanso los buenos principios, las buenas acciones que son parte del bagaje enriquecedor de vuestro espíritu, para que logréis en un solo átomo de buena voluntad sentir, aún cuando sea por un instante, que todos sois hijos de ese Dios que como tales merecéis y debéis amaros los unos a los otros, sin diferencias de razas o de credos y entregarlos así, tal como lo hiciera ese bendito Mentor Universal, a la paz del Señor, de la que seáis aportando como un único y verdadero presente en su regazo. SAÚL

Venerad ciertamente la figura egregia de Jesús, veneradle y alabadle como el único y verdadero Hijo del Creador, que supo entregar a vosotros todo lo máximo que puede entregarse con la propia vida, con la propia sangre vertida a raudales, pero no fue derramada para perderse a través de los tiempos, porque cada gota, cada suspiro de agonía, llega a permanecer fuertemente grabado y entremezclado, en la propia esencia de vuestro corazón. SABÁS

Poseéis el tesoro más tierno y sublime, el manjar más delicado envuelto en verdadera luz de santidad, el resplandor magnífico que no acotaran las estrellas y ni siquiera el sol resplandeciente; el solo manto de esa Virgen Purísima, de esa Madre Dolorosa, baste para cubrir de vuestras penas, baste para elevar vuestros pensamientos que lleguen hacia Dios, con esa misma entereza y amor sin límites, con que supo llevar su más grande dolor. TOBÍAS